

LIBROS

Aníbal Núñez o la fértil ambigüedad

La Colección OCNOS acaba de publicar un libro de poemas, original del joven poeta salmantino Aníbal Núñez, bajo el título de «Fábulas domésticas». Un libro no exento de sustancia provocadora, que una lectura superficial podría tornar recuperable al considerarlo como dádiva al presente o como reflejo exclusivo (y acaso cómplice) de las alienaciones circundantes. La ambigüedad es voluntaria. Para demostrar su mecanismo irrumpamos, de entrada, en la significación precisa del lenguaje asumido.

—Sí, como se me ha dicho, un servidor asume el lenguaje propio de la mistificación; pero no me quedo tan oreo como el ideal fabulista que larga la moraleja y ya. Si asumo ese lenguaje debe ser por eso de que un clavo saca a otro clavo; y todo eso, llamando libro de las fábulas domésticas, no es sólo una denuncia, sino todo lo contrario: es una interjección endecasílabo, un ay quizá menos comprensible que el «ay» de los que detentan las tiránicas honradeces, pero más de acuerdo con lo que lo ocasiona, pues es su eco transmutado artificialmente en materia poética. (Escojan ustedes del oro a la arpillera.)

A fin de cuentas, se puede decir que los poemas de Aníbal Núñez participan de esa doble intención que ya basicaba eficazmente, por ejemplo, la poesía de un Angel González.

—En mi poesía (por lo menos en la que exudaba en el sesenta y ocho, cuando comencé y premedité el libro que nos ocupa) reconozco sin sonrojos una influencia de An-

gel González. Su «Grado Elemental», fabulístico y eso, hizo que mi poesía derivara a un rumbo más acorde con mi pobre barquilla. Y nada añado a eso, ni el elogio oportuno, pues él es muy quién para no necesitar subalternos al quite de esas puyas de goma que los innovadores y su orquesta claque se empeñan en poner a ese toro crecido en el castigo de la poesía social-realista-crítica o como quieran llamarla (que no acudirá). Y en esa «infame turba» (qué más quisieran) lo incluyeran, como a mí, solapadamente, se ha abierto la puerta del santuario de la joven poesía reconocida; y ya habrá quien pretenda estamparme el sello de «maldito», o la babosa «B» del bocacho anaerobio. O, a la vista de mi efébrica efigie, me programe para que haga bien por ahí barriendo los fantasmas del feísmo berzista.

El discurso nos lleva hacia



esa pregunta que, incitadora, baila en las respuestas de Núñez:

—Sí, los novísimos, a quienes los detractores hemos elevado al Parnaso con ese determinante artículo. Pues bien: toda antología (antojía) es arbitraria, y no tiene por qué justificar tal atributo nada vergonzante con un desvergonzado prólogo. Poetas sí los había en el dicho libro. Pero preveían en aquel re-

volvijo los peces de lavabo hipurbano.

«Quizá tuviera uno la obligación de conocer la lírica anglosajona a fondo, pero uno no programa sus lecturas; aunque citas y glosas no han de faltar a la hora en que los futuros hipotéticos eruditos buceen en mis poemas de cabecera y verso subrayado. Pero, la verdad, la poesía y sus ramajes me llevan menos tiempo que otros quehaceres salmantinos, como el chateo y el triste bacile al calor de la furcia tragaperras.

Detengámonos ahora en el proceso que desencadenó los versos de estas «Fábulas...».

—Bueno, las «Fábulas...» nacieron, empezaron a nacer a principios del sesenta y ocho, y han salido a la luz con las consecuentes mutilaciones, parches y añadidos. A pesar de todo, creo que forman algo coherente, lo que no se puede decir de mis entregas posteriores, que, naturalmente, están más cerca de la ambigüedad que preside mis actos en estos momentos. Actos que quizá someto a una elaboración «literaria», que llevo a cabo con artesanal ademán neurótico. Y, como iba diciendo, las fábulas nacieron de una necesidad, que en mi menda medraba, de totemizar las voces de las sirenas publicitarias, de domar (no sin ser domado al tiempo) una fauna, una flora y una mitología que mis ojos han visto corporeizarse y hacerse omnipresentes. Un servidor conoció en su larga infancia días no envasados, en un granel asimilable por la Naturaleza, sin marcas que indujeran a relatos llenos de jadeos asépticos que los aedas de la publicidad componen por nosotros hasta en la sopa, cada vez más boba.

«Yo no inventé la pólvora. Por aquel entonces, el polígrafo M. V. M. andaría con lo mismo (toda comparación resulta odiosa), pues en un libro suyo vi, más tarde, que rondaba la musa del «marketing». Y no olviden aquel poe-

ma de J. A. Goytisolo, «The publicity», que ya apuntaba el tema. Y en «Las Iluminaciones», del amigo Rimbaud, hay un «Saldo» que inaugura (?) la racha. Y en Parra y en... Me molesta la competición. Lo publicitario incubó en mí la necesidad de —a ser posible haciéndole pupa— inmundarme contra ello. Por encima o por debajo de querer ser el primero. Además, mi originalidad —otra meta que no persigo demasiado— estribaría en el tratamiento dado a unos materiales de los que no pretendo la exclusiva. Creí hacer algo nuevo. Como creo que en mi moral (¡no me privo de nada!) no caben como buenas la «libres» competencia, la novedad o la moda. Soy, por otra parte, consciente de que la poesía —ni la mía ni la de Pemán— no puede devenir un artículo de consumo. Esto no quita que el lenguaje poético pueda ser utilizado para fines publicitarios. Yo, creo, hice lo contrario. Quizá reciba proposiciones deshonestas por parte de alguna agencia para parir «slogans»...

En todo caso, el libro de Aníbal Núñez se cierra, bajo un aliento a lo Paul Eluard, con la palabra «libertad». ¿Qué valor otorga el autor a esa invocación, hoy tan equivocada?

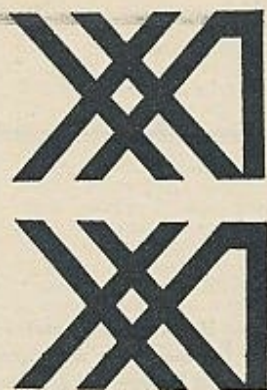
—Sí, mi libro termina con la palabra libertad. Pero no en una invocación, sino, como creo que está claro en el poema, no escrita en y sobre el muro de la prisión. No hay palabra que más odie que la susodicha. Que su utilización por los eternamente esclavos. Duele vivir en una ciudad de proverbial habitabilidad que se está convirtiendo en un lacerante carcinoma urbano. Duele vivir en una ciudad universitaria donde tiene un enorme sentido político, en los más preocupados ambientes, el discutir un texto de, o el hacer una ficha sobre ciertos eventos medievales, y ninguno el planteamiento de la inmediatez inhabitable (no hay donde

ir, sino de bar en bar), o la reclamación de un entorno, de un biotopo que permita que, al menos, mientras vamos muriendo, no se cercene cada día el retozo del celo juvenil con sucedáneos progres. Y estos señoritos-as que forman la parte combativa de la Universidad coreana colegiales: LIBERTAD!. Para luego esconderse en sus miméticas comunes, en sus pisos donde la basura y la desidia compiten con la fosilizada bibliografía revolucionaria.

«Quizá reduzco, quizá calga en el tópico, pero a sabiendas. Mis personajes y sus situaciones fabuladas pueden ser arquetípicas. Pero hay que reducir. No veo otra forma. Los lectores lo piden. Es decir, no lo quieren. Prefieren (de ahí otra vez la voga del surrealismo) la retórica automática donde no reconozcan tu-mi-su-nuestro esperpento. Por eso se evaden hacia el nepal de Ibiza o al Woodstock arrendado del piso comunal, mintiendo, negándose como mercancías, como carne adobada desde los Ministerios. Quizá exagero. La hipérbole es figura barroca. Y yo sí participo del barroco con todo lo que tiene de impúdico artificio, de ambigüedad y polisemia; con todo lo que tiene de estertor, de espejo deformante, pero espejo.

Poeta, pues, del tiempo presente...

—De la época soy como poeta. El material mistificado antes, en o después del parto así lo testimonia. Además, no puedo sustraerme a mi sincrónica. Pero algo sí. Y caro lo pago. Aunque de esto dan más hídica cuenta mis últimos poemas, que esperan ser leídos en su día y anulados cuanto antes por una realidad menos angosta a la que ya no puedan referirse. Qué ingenuo soy a veces. Ya es hora de que madure. Pero no. De eso, nada. A este sol que hoy reluce soy reacto. No soy de los limones salvajes del Caribe tampoco. Todavía. Si alguien se da por aludido o eludido en cuanto he dicho es que piensa que he



siglo
veintiuno
de españa
editores
sa

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

1. Prehistoria.
2. Los imperios del Antiguo Oriente. I.—Del Paleolítico a la mitad del segundo milenio.
3. Los imperios del Antiguo Oriente. II.—El fin del segundo milenio.
4. Los imperios del Antiguo Oriente. III.—La primera mitad del primer milenio.
5. Griegos y persas.—El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, I.
6. El helenismo y el auge de Roma.—El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, II.
7. La construcción del Imperio romano.—El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, III.
8. El Imperio romano y sus pueblos limítrofes.—El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, IV.
9. Las transformaciones del mundo mediterráneo.
10. La Alta Edad Media.
11. La Baja Edad Media.
12. Los fundamentos del mundo moderno.—Edad Media Tardía, Renacimiento, Reforma.
13. Bizancio.
14. El Islam, I.
15. El Islam, II.
16. Asia Central.
17. India.—Historia del subcontinente desde la cultura hindú hasta el comienzo del dominio inglés.
18. Asia Sudoriental.—Antes de la época colonial.
19. El Imperio chino.
20. El Imperio japonés.—Historia del Japón hasta la actualidad.
21. América Latina, I.—Antiguas culturas precolombinas.
22. América Latina, II.—La época colonial.
23. América Latina, III.—De la independencia a la crisis del presente.
24. El periodo de las guerras de religión, 1550-1648.
25. La época de la Ilustración y el Absolutismo, 1648-1770.
26. La época de la crisis, 1770-1848.—Revolución francesa y Restauración.
27. La época de la burguesía.
28. La época del Imperialismo.
29. Los imperios coloniales desde el siglo XVIII.
30. Los Estados Unidos de América.
31. Rusia.
32. África.—Desde la prehistoria hasta los Estados actuales.
33. Asia moderna.
34. El siglo veinte, I. 1918-1945.
35. El siglo veinte, II. 1945-1970.
36. Cronología.

siglo veintiuno de españa editores, sa

 EMILIO RUBÍN, 7
MADRID-33 ESPAÑA

Teléfono 200 09 78.

estado juzgando. Por su cuenta si añade una zeta a este juego. ■ R. L. CHAO.

Savater: «La filosofía tachada» (I)

Nada más comprometido que enseñar las cartas, ponerlas boca arriba en el curso mismo del juego —y seguir jugando impávidamente—. Ninguna operación se presta tanto como esta al escarnio y a la irrisión. La genialidad velleinclinada salva esa dificultad con creces al poner en boca del poeta la teoría de ese terror deformado que se vive y se presente desde el principio: el esperpento. Hay quienes, sin embargo, en esa operación se pillan los dedos. En el *decalage* entre lo que se dice y el estilo de ese decir asoma un alma escindida —un alma que se autoengaña y vive la mala esquizofrenia, la que se ignora como tal o la que guía a espaldas del que habla, escribe o canta—. Sabemos sobradamente que los filósofos cuentan su vida y su dolor: esa es su *base empírica*; toda base empírica queda escamoteada al trasladarse al discurso. El yo que habla y discurre se oculta en los pliegos que produce y «calla acerca de sí mismo». Pero entre líneas filtra a contraluz una pluralidad de almas —y es ese el mensaje, ambiguo aunque detectable, que permite, por parte del lector, una criba, una crítica, una discriminación, un juicio—. No se lee porque sí —o ese porque sí es infundado fundamento visceral, pulsión, concupiscencia o tripa—. El lector no soporta lo que no le coge, encoge o acongoja. Busca finalmente un espejo —y el mejor lector lo busca convexo o cóncavo—. Acaso busca ese espejo como saludable compañero que le facilite su incursión *through the looking-glass*.

Dire que he buscado en el libro de Savater ese ambiguo *quién* que al hablar se elude —y que se filtra como risa franca, carcajada demoleadora de idolo, ilusión, cultura—. Esa risa estalla en el lector

(I) Fernando Savater. *La filosofía tachada*. Taurus, 1972.

aquí y allá, en nódulos estratégicos de un discurso que alcanza su dignidad al retardar ese estallido o finalmente defraudarlo. Y el lector mira a través de esos nódulos un alma amiga, se tercia con un espejo en cuya deformidad el propio rostro alcanza magnitud. Savater asoma en su discurso como el *nombre propio* que se quiere y se produce —o que se quiere y produce— en esos quiebros que provocan al lector. Le fuerzan a moverse y conmoverse por las agitaciones de una risa que desobstruye un fondo inmenso de dolor o podredumbre que la abona. La sabiduría y hasta la «chulería» de Savater estriba en permitirse la franqueza de teorizar acerca de la risa, del humor y la ironía. O en definir la filosofía como un estilo —como *ese mismo* estilo de vivir-pensar que el lector tiene en la mano—. ¿Sinceridad? ¿Cinismo? ¿Descaro, desacato, exhibicionismo? Todo eso, pero sobrepasado en lucidez, sabiduría. Si este escrito puede definir la filosofía como ironía —frente a todo sistema o iglesia—; como voluntad de estilo —frente a todos los escolasticismos—; como terapéutica liberadora del goce —frente a toda ilusión moralista—; como discurso liberador —frente a los discursos científicos o morales—; todo ello es posible, porque el texto, la escritura misma —y a través de ella, inscrita en ella, el alma, la vida misma del que se revela— esconde, consume y cumple ese *desideratum*. Pues el escrito en cuestión es irónico, proporciona goce, libera del embrujo de palabras. Cumple sobradamente su difícil y arriesgada apuesta. De muy pocos textos puede decirse que realizan ese cumplimiento. Yo diría que sólo esos textos son (en un sentido que nada tiene que ver con ningún existencialismo) auténticos. ■ EUGENIO TRIAS.

Diez años de «Longa noite de pedra»

Celso Emilio Ferreiro, autor de algunos versos antes de